

# HALLAZGO INESPERADO<sup>1</sup>

– Sílvía Cortés Xarrié –

Directora del documental  
“Unes altres veus” y Directora  
de Proyectos de Teidees



Hablábamos con Iván. Hablábamos de grabar a Héctor, de cómo hacerlo, desde dónde mirarlo... Yo tenía una idea: usar el desenfoco (el fuera de foco), generar una imagen borrosa; mostrar, pero no del todo. Era una forma de ilustrar el autismo, que no sabemos bien qué es, que no tenemos de él ninguna nitidez, sólo pistas, desenfocos que nos obligan a trabajar con la intuición para explicarnos la imagen, lo que hay. Si desenfocábamos a Héctor podíamos trasladar la idea de que no podemos explicar del todo el autismo, que sólo podemos observarlo e intuirlo. Además, el desenfoco nos permitía no exponer a Héctor del todo, podíamos protegerlo de juicios preconcebidos (a pesar de que uno de los objetivos del documental era, evidentemente, desmontarlos).

Pero había algo en el desenfoco (no sabía qué) que no me acababa de convencer. Hacía falta algo más, aunque no sabía qué era ni dónde buscarlo. Entonces se me ocurrió tomar la dirección contraria: enfocar a Héctor dentro del foco. La idea cambiaba a Héctor de lugar, del “fuera de foco” al interior del foco. Era fácil, sólo había que colocar a Héctor delante de un foco en un espacio oscuro. La imagen resultante sería un contraluz que nos mostraría la silueta de Héctor. Con este recurso visual, además de situar a nuestro protagonista dentro del foco (que es, de hecho, el lugar que le corresponde en el documental), también conseguiríamos no exponer del todo, protegerlo. Y sobre todo esto hablábamos con Iván, tomando un té en una terraza

de Gracia... Y mientras hablamos, una palabra inesperada viene a visitarnos: quería referirme al movimiento repetitivo de las manitas de Héctor al contraluz, pero me equivoco de palabra, en lugar de decir *estereotipias digo serendipias*.

## LA SERENDIPIDAD

No tenía ni idea de qué significaba, pero había dicho serendipias. Primero me río, pero luego me parece una palabra tan extraña que siento curiosidad por ella. En la web del Institut d’Estudis Catalans no aparece. ¿Me la he inventado? No del todo. En un segundo intento, encuentro *serendipidad*:

*Descubrimiento casual o imprevisto hecho por un investigador en el transcurso de una investigación orientada hacia otros objetivos y con presupuestos teóricos diferentes.*

¡Resulta que aquella palabra tan extraña es una palabra preciosa! Su significado me provoca una emoción enorme, sobre todo porque he llegado a la palabra serendipidad por una serendipidad. Esto me parece, como diría Albert, “*acostuflante*”. “*Serendipidad*” es una palabra enorme, llena de sorpresas. Aún me queda un recorrido para comprenderla en toda su dimensión. Para empezar, sospecho que no me he equivocado de palabra sino que he dicho exactamente la palabra que quería decir. Y vuelvo a leer el significado...

*Descubrimiento casual o imprevisto hecho por un investigador en el transcurso de una investigación orientada hacia otros objetivos y con presupuestos teóricos diferentes.*

¿Puede que ese “*investigador en el transcurso de una investigación*” sea yo? ¿Y puede ser que el transcurso de la investigación sean las estereotipias de Héctor (sus manitas que se mueven de manera

incomprensible)? Si yo soy el investigador y el trascurso de la investigación son las manitas de Héctor, ¿cuál es el descubrimiento casual, el hecho imprevisto? Y en esta pregunta la serendipidad me reserva la emoción más grande: el descubrimiento casual, el gran hallazgo, es que la imagen de las manitas de Héctor, moviéndose incomprensiblemente al contraluz, ofrecen una danza preciosa, de una belleza radical.

Podía haber dicho cualquier otra palabra, pero dije *serendipias*. Quizás fue una elección azarosa, pero es demasiado precisa, demasiado bien encajada. Quizás este “*término preciso*” (que Josep Pla hubiese perseguido durante una semana entera), había sido escogido por mí a pesar de que yo no sabía que lo sabía. Pero también podría ser que la palabra me escogiera a mí.

Y esta no es una cuestión menor. Porque una vez dicha esta palabra preciosa que había olvidado (o una vez esta palabra preciosa vino a encontrarme), me doy cuenta que siempre ha estado en ese cajón de las peonzas que cantaba Serrat en “*El meu carrer*”. No recuerdo cómo entró en el cajón esta palabra, pero ahora, una vez reencontrada en voz alta, sale de allí de otra manera. Donde yo quería mostrar la extrañeza (unas manos que se mueven de manera incomprensible), encuentro la belleza. Es así como la serendipidad ha saltado del cajón de las peonzas a la vitrina de las opciones. Y seguirá apareciendo en todo el proceso de investigación de *Unes altres veus*. La serendipidad ha aparecido por primera vez sobre la imagen de las estereotipias. A partir de este momento, seguirá saltando de las palabras a las imágenes, a la luz, a los objetos y a los espacios.

## EL LABERINTO

Queríamos situar a los protagonistas del documental en escenarios significantes. Para Albert queríamos un laberinto. Encontramos el de Argeleguer. Era un la-

berinto peculiar construido por un solo hombre. Estaba construido en el terreno abrupto de un bosque, con túneles larguísimo hechos con cañas. También había torres altísimas, construcciones oníricas, figuras y objetos. La idea del laberinto estaba muy clara, encontrar Argeleguer nos la reafirmó y la serendipidad se coló por túneles de cañas. Una de las primeras cosas que dijo Albert cuando empezamos a rodar fue: “Este laberinto es como mi mundo interior. Es un mundo interior para mí, todavía más adentro”. Argeleguer nos había elegido.

## EL DIVÁN

El espacio que pensamos para las entrevistas a los psicoanalistas fue el Teatro Grec de Barcelona. Para los padres, pensamos un plató atrezado con elementos. Aquello que unía a los psicoanalistas y a los padres era el diván; un mismo diván donde hablaban todos los protagonistas del documental excepto Albert. Un punto de encuentro necesario. Más allá de las significaciones que cada uno pueda encontrar, la más clara era que con el diván quedaba representada la tesis psicoanalítica del documental.

En una jornada larga y soleada de julio, grabamos en el Teatre Grec a veinticinco psicoanalistas sentados en el diván. Venían de distintos puntos de España. Sin embargo, nos faltaban tres de distintos países europeos. Los grabaríamos en Bruselas, aprovechando el Congreso PIPOL 5 de la Eurofederación de Psicoanálisis. Esto quería decir que debíamos llevarnos el diván hasta allí. Alquilamos una furgoneta y la productora Marta Alonso y yo hicimos un largo viaje hasta la capital belga, donde llegamos después de veinte horas. Tuvimos que buscar hotel porque en el que teníamos contratado habían anulado la reserva para todo el equipo de rodaje. El que encontramos era bastante curioso, pero nos dejaban guardar la furgoneta (con el diván dentro) en el patio interior de unos talleres de restauradores. Una mañana, Marta trasteaba la furgoneta y uno de los restauradores se interesó por el diván: “¡Qué gracioso, tengo uno idéntico aquí arriba!”, nos dijo.

En Barcelona habíamos estado tres días haciendo casting de divanes. Definitivamente, habíamos escogido bien. Tenía que ser aquél.

## EL CARRITO DEL SUPERMERCADO

La casualidad saltaba de un lugar a otro. Y a cada salto, ofrecía un hallazgo inesperado, nos reafirmaba los significados o los extendía aún más allá, cosa que también sucedió con los carritos de supermercado.

Para las entrevistas con los padres, partía de la idea de construir escenografías significantes con un objeto distinto en cada una. Lo que tendrían en común sería que los objetos se dispondrían flotando, fuera del lugar o disposición habitual. Hice cuatro garabatos (el dibujo no es exactamente una de mis habilidades) y se los enseñé a Iván. Su cara de total extrañeza reafirmó la idea. Se trataba de eso, de representar la extrañeza que envuelve a los padres, la angustia de un mundo del revés que intentan entender. Pensamos en marcos de cuadros vacíos, en palabras sencillas (las primeras palabras que dijo Héctor), en paraguas cerrados, abiertos, al revés, como un cobijo necesario... Pero todavía nos hacía falta otro objeto. ¿Cuál?

Me topé con un carrito de supermercado en el trastero del Teatre de Vic. No sé por qué me llamó la atención. No sé por qué me imaginé una escenografía con carritos de supermercado vacíos, del derecho y del revés, suspendidos en el aire. Y no sé por qué la imagen me pareció tan extraña que me convenció.

Distribuimos a los padres en las diferentes escenografías al azar. Haríamos tres entrevistas en una escenografía con cuadros; tres, en una con paraguas; tres, en una con letras; y tres, en una escenografía con carritos de supermercado. La de los carritos fue la última que rodamos. Debo decir que la intensidad de todas las entrevistas me resultó extrema. Suerte de la oscuridad, porque se me caían las lágrimas.

Los últimos padres entrevistados fueron José Antonio y María Jesús, los padres de Miguel. Se sentaron en el diván, rodeados de carritos de supermercado

suspendidos en el aire, del derecho y del revés. Y entonces la serendipidad hizo una triple pirueta y cayó de pie dentro de un carrito. El padre de Miguel lo señaló con la mano y habló de la culpa, de aquel día que subió a su hijo en el carrito del supermercado para hacer la compra (cosa que estaba prohibida pero que todo el mundo hacía), y en un traspiés el niño cayó al suelo. Durante muchos años, José Antonio se había torturado pensando si la caída de aquel carrito había sido la causa del autismo de su hijo. También nos impactó saber que era la primera vez que María Jesús oía aquella historia.

Si en el caso de las estereotipias de Héctor, donde quería mostrar extrañeza encontré belleza radical, en el caso de los carritos encontré un relato sobrecogedor. Quizás pasó lo mismo que con la palabra serendipidad; el carrito me eligió a mí.

## LOS ESPEJOS

En la búsqueda de objetos escenográficos pensé en espejos. Me resultaba una imagen sugerente. Pero las dificultades técnicas que suponía rodar espejos en un espacio lleno de focos nos forzaron a descartarlos. Aun así, y a pesar de que no están rodados, el documental está lleno de espejos. Y tienen mucho que ver con la serendipidad.

En un debate post-proyección en los Cines Girona de Barcelona, un hombre del público se identificó como padre de un niño autista y expresó su disconformidad con el optimismo del documental y también con el hecho de que se presentasen imágenes tan bonitas, cuando en realidad el autismo, decía, era terrible.

Hace unos días leí una noticia en la prensa y me hizo pensar en esta cuestión. El artículo hablaba de los galardonados con los Premios Ig Nobel. Estos premios parodian a los que otorga la academia sueca y premian investigaciones con cierta vis cómica por el hecho de ser absurdas o contradictorias, o porque en realidad esconden alguna cosa más relevante. Este es el caso de un estudio italiano que concluye de que contemplar un cuadro que se considera bonito aligera el dolor que provoca un rayo lá-

<sup>1</sup> Artículo publicado en: Ruiz, I. (2015). *Otras voces escritas*. Madrid: Editorial Gredos.

ser en la mano. Al contrario, si el cuadro es feo, el dolor aumenta. Visto así, la serendipidad nos había venido a encontrar para aligerar el dolor. Y fue una de las opciones. En aquel mismo debate, otros espectadores elogiaron la elección. Y quizás, todo ello, era una cuestión de espejos.

Aquella queja también me hizo pensar en algo que Iván me decía desde el primer día: la gente espera este documental. Y entendí que la gente esperaba este documental cuando entendí que *Unes altres veus* era "una buena noticia". Y entendí que era una buena noticia cuando entendí que no estábamos

haciendo un documental sobre el autismo sino un documental sobre la singularidad; y cuando entendí que no estábamos haciendo un documental sobre el psicoanálisis sino un documental sobre el respeto a la diferencia. Y así es como, poco a poco, fui entendiendo *Unes altres veus*. Y a base de escuchar a los espectadores en los debates posteriores a las proyecciones, a base de escuchar cómo cada uno se confesaba impactado por cuestiones muy distintas, entendí que el documental estaba lleno de espejos. En estos descubrimientos me vi reflejada yo misma, recorriendo aquel camino que supone el encuentro con el

autismo. Un camino de incertidumbre, de dolor, de extrañeza, pero también de sorpresas, serendipidades y espejos que cada uno encuentra en lugares bien distintos.

Quizás mi espejo más grande me vino a buscar aquel día hablando con Iván en una terraza de Gracia, cuando dije serendipias en vez de estereotipias. Y en aquel momento se desplegaron como opciones todos los grandes descubrimientos casuales y los hechos imprevistos que se sucedieron después... Y diría que así fue como las serendipidades se convirtieron en estereotipias... para mí, de una belleza radical. ●

## PERDIDO EN EL LABERINTO<sup>1</sup>

– Marc Barceló –

**Realizador free lance, ha trabajado en programas de televisión, spots publicitarios y videos corporativos. Operador de cámara en el documental "Otras voces"**



Son los niños que no hablan ni hacen nada. Se limitan a quedarse sentados y hacen movimientos reiterativos de vaivén con la espalda. Eso son los autistas.

Hasta no hace mucho, si me hubiesen preguntado qué era un autista, habría respondido alguna cosa parecida a esto. Pero últimamente he aprendido algunas cosas sobre el tema. Ahora sé que los autistas no son eso, o no son sólo eso. He aprendido que hay algo que se llama TEA. Y me han dicho que es un cajón muy grande, unas iniciales que engloban un abanico muy amplio de trastornos. Un día supe que hay niños que no se callan, que hablan por los codos, que también son autistas. ¿Cómo? Eso sí que no cuadraba. En ese momento empecé a dudar

seriamente de aquel estereotipo que tenía del niño que hacía aquello con la espalda. También entendí que aquel niño que "no hacía nada" en realidad sí que hacía algo. Estaba sentado y movía la espalda. Así que, como mínimo, ya hacía dos cosas. Por lo tanto, aquello de no hacer nada también quedaba descartado. En medio de aquella redefinición apareció una palabra nueva: Asperger. Son los que no callan. Caramba, resultó no ser tan fácil esto de los autistas. Ahora ya sí, aquella idea inicial queda descartada para siempre. Si alguna vez me preguntan, responderé de manera distinta. Nombraré el TEA y desmentiré el tópico del balanceo. Balanceo que tiene un nombre que no logro recordar. También he aprendido la división entre conductistas y psicoanalíticos. Los de los aparentes resultados vistosos e inmediatos y los de las sutilezas y la paciencia. Se ve que son irreconciliables.

Por motivos de trabajo y más o menos por aquella época en que comenzaba a descubrir cosas sobre el autismo, conocí a Albert. Albert tenía 21 años y se sabía de memoria monólogos de Pepe Rubianes y los textos de las viñetas de Tintín. Yo formaba parte del equipo de realiza-

ción del documental "Otras voces", del que Albert era protagonista. Yo no sabía nada de él, no sabía que le habían diagnosticado de Síndrome de Asperger. Lo fui descubriendo a medida que íbamos grabando. Sabía que aquel era un documental sobre autismo y poco más. Albert, de entrada, tan sólo me pareció un chico peculiar con cierta inclinación hacia los pensamientos rebuscados y mucha memoria. Él era el hilo conductor a través del cual se abordaba el autismo desde un punto de vista divulgativo. El documental contiene, aparte del de Albert, testimonios directos de padres de autistas y de especialistas que dan dimensión y forma a lo que para el gran público, como pasa con la mayoría de los trastornos mentales, es aún desconocido.

Fuimos a rodar varias secuencias a un pueblo de la comarca de La Garrotxa, Argelaguer, donde hay un laberinto kilométrico hecho con ramas que conecta con unas torres altísimas construidas también a base de ramitas. La producción era bastante modesta, de manera que para desplazarnos de un lugar a otro utilizábamos nuestros coches particulares. En uno de esos trayectos, desde el restaurante donde comimos hasta el laberinto



donde había que seguir grabando, Albert vino conmigo en mi coche. Fue un trayecto corto, no recuerdo quién llevaba a sus padres, pero el coche debía de ir lleno. Con él mantuve una conversación surrealista, divertida, en cierto modo. Albert interpretaba al pie de la letra cada cosa que yo decía. Él verbalizaba todo lo que iba pensando, sin filtros, o eso me pareció a mí. Cuando yo le hablaba, él no reaccionaba como yo esperaba. Yo esperaba la reacción "normal". Pero él no me la daba. Era un código de comunicación nuevo, de repente, el significado del lenguaje era estrictamente literal. Mis chistes no hacían ninguna gracia. En todo caso, le hacían pensar. Se lo tomaba en serio. Allí me di cuenta de por qué estábamos grabando con él dentro de un laberinto. Del mismo modo que las galerías conectan con la siguiente sin nada en medio, el flujo de su pensamiento también es continuo y en una especie de bucle. Y, como en todo laberinto, también hay túneles sin salida que no van a ninguna parte. Y cuando creemos haber encontrado la salida nos encontramos de nuevo cerca del punto de partida. Recuerdo vagamente que me habló de un sueño que había tenido. Era un sueño que le había llevado a hacerse preguntas existenciales. No soy capaz de recordar cuáles, ni de qué trataba el sueño. Solamente recuerdo que me sorprendieron cómo de trascendentales parecían aquellas cuestiones a las que no pude dar respuesta. Semanas más tarde fuimos a gra-

bar otra secuencia para el documental a Bruselas, al museo de Tintín, que es una de las pasiones de Albert. Nada más verme, casi sin mediar un hola -eso de los protocolos en las relaciones no va con Albert- me dijo: "ya tengo la respuesta al sueño". Y me la dio. No la recuerdo, una lástima. Pero para él no habían pasado semanas. No era necesario ponerme en contexto, me había hablado de un sueño de vuelta de comer a Argelaguer, yo debía recordarlo. De todo aquello me he



"Y, como en todo laberinto, también hay túneles sin salida que no van a ninguna parte." (Fotograma de *Otras Voces*).

quedado con la idea de que detrás del Síndrome de Asperger hay alguien con habilidades específicas excepcionales y torpe con las relaciones personales, con dificultades para la empatía. Pero eso no es exactamente así en todos los casos. De nuevo otra vez intentando encajar una definición en un estereotipo. Depende, cada autista es un mundo. Eso sí que me ha quedado claro, en los autismos las definiciones muy delimitadas no existen.

Aquel laberinto de Argelaguer donde rodamos, por otro lado, era la obra de un artista espontáneo. Un genio creativo. Un hombre, tornero mecánico de profesión, que consagró su vida a una obsesión. Dedicó cuarenta y ocho años a montar y desmontar laberintos, torres, estructuras, poblados enteros de ramas. En el trato personal era una persona simpática y entrañable. Y también reiterativa en los argumentos sobre sí mismo. A menudo le escuchábamos decir las mismas palabras una y otra vez. Y veíamos como después de destruir su obra la reconstruía de nuevo. Parece que entre Josep -el artista, que falleció no hace mucho- y Albert hay muchas cosas en común. Cómo mínimo el laberinto. ●

<sup>1</sup> Traducción realizada por el Equipo *eipea* del original en catalán.